

INT-2118

~~CEPAL/ILPES (2118)~~

XXIX Curso Internacional sobre Planificación, Desarrollo, y
Políticas Públicas. ILPES. Santiago de Chile
Del 6 de junio al 2 de diciembre, 1988

Mencion en Planificación Social.



LA PLANIFICACION SOCIAL EN EPOCA DE CAMBIOS

R
RODRIGO MORALES M.
México

INTRODUCCION

Partamos por el anuncio. Lo que viene será un conglomerado de afirmaciones temerarias e indemostrables que tenderán en el tiempo y en lo posible a conformar un cuerpo de dudas más o menos coherente. Por el momento son sólo unas notas. Sigamos con lo sencillo. La Planificación Social, sin complicarnos demasiado, la podríamos definir como un conjunto de herramientas que tienden por medio de transferencias a disminuir las desigualdades sociales. Sin más: es una alocación racionalizada de recursos cuya filosofía o direccionalidad la extrae de lo que genéricamente podríamos llamar "bien común". Hasta aquí o desde aquí hay varios problemas. Más allá de la capacidad de previsión y eficiencia que le son propias al planificador, el problema de la alocación supone, además de recursos, una efectiva capacidad de regular -o auto-regular-, en definitiva, supone la vida consensual de "lo social" (Al menos de lo que la institucionalidad entiende por interés general) ya sea que se acceda desde una civilidad ejercida por la sociedad de una manera más o menos autónoma, o que se impulse desde un andamiaje institucional que produzca sustitutivamente la convención de lo social.

En México, y dicho con el más amplio ánimo de generalizar, nos encontramos -un poco atónitos- a la mitad de ambas vías. Con "lo social" en duda. Desde el otrora generoso cuerpo institucional, la especificidad de lo social cotidianamente se ve disuelta por consideraciones económicas. Se asiste a un tipo de "paternalismo en retirada". Por el lado de las organizaciones sociales, no hay aún experiencias suficientes como para acreditar una superación del "hijismo". Sobre esto último volveremos más tarde. Por lo pronto, la intuición dicha con otras palabras. El bien común se aleja paulatinamente de ser aquel abrevadero que saciaba la sed de futuro para refugiarse en el regazo huero de lo declarativo. En todo caso el bienestar social ya no es un unívoco cuerpo de

ideas con pretensiones normativas y atributos de implementación. El perfume de lo contingente, la dictadura de lo posible, disuelven el aroma de lo social, recluyendo el bien común a cruzadas sospechosamente románticas. La denuncia no conmueve al realismo.

La sospecha que sustenta estas notas es que a la Planificación Social, "se le ha movido el piso". Pero esto no constituye sino el punto de partida, la intencionalidad de la monografía recorre otros derroteros. Lo que se propone sugerir es que en México han ocurrido algunas transformaciones serias, y que éstas no son sólo imputables a la asfixiante esfera de lo económico, sino que atentan o al menos tocan, todo el andamiaje social sobre el que antes se apostaba la estabilidad. Esto que pudiera parecer una obviedad, se consigna como para recordar 1) Que el sólo alivio de algunos indicadores macroeconómicos está lejos de representar una salida a la crisis y 2) En reconocimiento a la complejidad, sea dicho, que las miradas con que hasta ahora se ha querido atrapar a la crisis, si no erradas, si se antojan posadas como en la punta de un iceberg.

De esta manera, lo que la Planificación Social tiene como reto, y amplio expediente por cierto, es dar cuenta de cuanta transformación se advierta. Conviene señalar que todo lo anterior es sólo un inatendible telón de fondo que abruptamente se acotará. Así, el trabajo sólo tocará, modesta y sesgadamente, tres puntos.

Si la pregunta que articula estas notas es ¿Qué le tiene que decir la Planificación Social a la pobreza? el primer apartado entonces tiene que ver con algunos de los cambios ocurridos tanto en el ámbito "natural" de la planificación (o el lugar desde donde se sigue pensando la planificación: es decir el Estado) como en la clientela (sociedad) a la que se pretende atender desde el mundo de los planes. La metáfora propuesta es: "El

maquillaje senil cuando los hijos se van". La segunda escala de la ruta será el lugar de residencia de la pobreza en la ciudad, y lo que pretende es abrir algunas ventanas para asomarse al mundo de lo popular con la firme sospecha de que también ahí han ocurrido algunos cambios sustanciales. Y para ser congruentes con la metáfora, aquí la imagen apostada será: "La adolescencia o los riesgos de la anorexia". Finalmente en el último y siempre difícil punto de llegada, el intento será sumergirse brevemente en la compleja y escabrosa relación entre una creciente e inquietante clientela de pobreza y una paralizada y no menos inquietante oferta de atención planificada. La imagen, relativamente fácil de desprender es: "Paternalismo-hijismo: turbia relación mas allá de la brecha generacional".

Así, sin saber si será posible hacerse cargo de todos los compromisos literarios adquiridos en esta introducción, démosle paso al primer apartado.

EL MAQUILLAJE SENIL CUANDO LOS HIJOS SE VAN

En México, el Estado, o sus observadores al menos, frecuentemente se debaten entre una poderosa imagen benefactora extraída de una nostalgia ya casi mítica, y una débil o difícil seducción por el futuro. Entre las promesas incumplidas y la imposibilidad de levantar expectativas. Se sugiere que el presente es, por decir lo menos, incierto. La transfiguración estatal estalla, salta a la vista hasta de los más empecinados y se reviste con la debilidad como careta o con la modernización como escudo. Pero la sensación última que deja es lo inconcertado de la transformación, para no decir lo involuntario de la "retirada". Acaso su ropaje nuevo no es convincente. Y como para constatar la incomodidad de su propio emplazamiento, el Estado se encarga de crear la sensación de aislamiento, encara con poca naturalidad su papel, sus desplantes se sienten huacos, etc.

Mas allá de lo estrepitoso con que se reveló la nueva realidad política tras las elecciones presidenciales de julio pasado, y sin ignorar que bajo una "lógica de la melancolía" es perfectamente legítimo tener el azoro como acompañante a la hora de descifrar el inédito mapa político electoral, éste también da cuenta en México de algunas obviedades. Con esto no se pretende quitar misterio o sustraerle al proceso la gravedad que merece, simplemente se convoca a lo descarnado como cómplice expositivo. Así, podemos decir que en México, la sociedad le queda grande al Estado, o el Estado le queda chico a la sociedad, pero en todo caso hay un desfase de tallas. A una mayor complejización de lo social se corresponde una creciente parálisis de lo estatal. Y aún más, julio del 88 marca el inicio de una era de partidos políticos, de organizaciones sociales fuertes, al interior de un Estado que había prescindido olímpicamente de colocar en espacios públicos un ejercicio que puede ser tan deliciosamente privado como la política. En un país que, parafraseando aquello de que

ha estado tan lejos de Dios y tan cerca de los EEUU, ha vivido establemente tan lejos de la democracia y tan cerca del autoritarismo, cualquier síntoma de fractura, cualquier pronunciamiento que revele esa antigua intimidad, puede ser escandalosamente impúdico. En esa institucionalización de la concertación, en ese pacto social vuelto aparato de estado, en ese remendo de partido que fue el PRI, la heterogeneidad -que era indiscutible virtud en el pasado- hoy contribuye cotidianamente a la profundización de su propia tumba. Pero de cualquier manera lo novedoso, lo poco reconocible de las reglas del juego político, ya son un dato que está ahí. Con el tiempo se irá depurando y completando el listado entero de los riesgos y los retos, por ahora, como en los "palenques": hagan sus apuestas señores.

Lo que se quiere transmitir es que sería injusto querer entender el complejo proceso mexicano sólo por determinadas particularidades de la reciente contienda electoral. Esa parálisis que hoy aparece de manera tan descarnada, esa dificultad para incorporar demandas nuevas, esa rigidez para adaptarse a procesos sociales complejos, era patente -o al menos reconocible- desde 1982. La novedad ciertamente, es que el estallido se haya producido por la vía de las urnas en un país donde el día de las elecciones era un buen pretexto para tomar cerveza con los amigos, pero por lo demás, los misteriosos resultados electorales, confirman tendencias de antigua presencia.

Esta discusión que en otras claves o latitudes pudiera conducirnos a un tipo de celebración en términos de que una discrecionalidad estatal pudiera estar acreditando una maduración en lo social, en México, adquiere otros tintes y abre tentaciones varias para interpretarlo. El tener la inestabilidad como presente, como novel e inquietante expediente, puede "apasionar" cualquier discusión. Así detrás del problema de las tollas del Estado, está el espinoso tema de la calificación. Cómo hacer

para, encarando las herencias de una particularísima formación histórica, no reeditar un paternalismo por la vía de pregonar la incompatibilidad de una sociedad "inmadura" con un Estado "discreto" ? Cómo plantear que un Estado en permanente retirada y creciente discreción reguladora, conduce -atendiendo a los altos grados de desarticulación social existentes- a un tipo de salvajismo en lo social ? Esta discusión que con tanta facilidad se sobreideologiza, en México, por si fuera poco, ahora ya dispone de recipientes claros para las distintas posiciones en el recién inaugurado esquema de partidos políticos. No es queja, sólo argumento la confusión. De esta manera, la necesaria transformación estatal, que se presentó con la amarga contundencia de lo indeseable, como el mal-trago incapaz de levantar consensos, hoy transita la sinuosa vereda de la ideologización con sustentadoras movilizaciones.

Parecería antidiluviano de cualquier forma, no celebrar los espacios "ganados" por la sociedad civil junto con el nacimiento de una sociedad política plural, pero ciertamente, antes de destapar el champagne, lo cauto sería preguntarse por lo genuino de su origen. (En esto de champagne, si entendemos lo "blof" como el reino de los gustos intangibles y frágiles, profesar cierta afición por "lo clásico" puede resultar de alguna utilidad). La pregunta o la sospecha entonces es que tras la retirada severa del Estado, tras la renuncia voluntaria o involuntaria de seguir ejerciendo el papel de interlocutor autorizado o legítimo para todos y cada uno de los miembros de la sociedad, se puede esconder un tipo de organización "espuria" de la sociedad.

Argumentemos la precaución. Dimensionar el alcance y dinámica de la nueva sociedad política invitaría a cultivar, entre otras cosas, un género literario entre fársico y policiaco, y eso, vendrá más adelante. Ocupémonos solamente de la sociedad civil y, por el momento, démonos al refugio de lo conocido.

En México, el Estado históricamente a mantenido relaciones poco claras con su sociedad civil. Con esto, lo que se quiere decir, no es tanto lo pecaminoso que pudieran haber sido, sino que las fronteras entre ambas instancias han sido, al menos, poco nítidas y en general lo que había prevalecido era la organización del proyecto del Estado en las entrañas de la sociedad civil. Esta particular penetración es muy evidente en el período que comprende desde la formación del Estado tal como lo conocíamos (1936 o 1940 según se prefiera) hasta 1968. En esa época, las organizaciones sociales eran inducidas desde el Estado, o simplemente se les institucionalizaba privilegiando el hasta entonces infalible recurso de la cooptación. Más tarde se reveló inaplicable el criterio generalizado con que se venía funcionando, y al hacerse selectiva la acción del Estado, se inició lo que provisionalmente podríamos llamar la era de los independientes y cuyo final, siendo lapidarios, lo ubicaríamos en julio de 1988. En dicho período, emergieron movimientos cuyas demandas no sólo atravesaban transversalmente la sociedad (ej. feminismo, reivindicaciones de minorías sexuales, ecologistas etc.), sino que hubo otros que atentaban contra bastiones tradicionales del esquema de organicidad que el Estado había propuesto de larga data a la sociedad (aquí el más notorio es sin duda el sindicalismo independiente) Así mismo conocieron su origen en esa época, movimientos cuya presencia advertía dificultades para saldar demandas propiamente sociales (el ejemplo más típico, o al menos el mas concurrido es el movimiento urbano popular). Hubo, en ese tiempo, un tímido correlato político que por medio de una serie de reformas constitucionales le daba vida a pequeños partidos -fundamentalmente de izquierda- que lejos estaban de tener una cobertura nacional o construir escenarios que inquietaran la hasta entonces apacible sociedad política tradicional.

Para sostener la periodización que hemos propuesto debemos dar paso ahora a una caracterización de lo que, intuimos, recién

inicia en julio del 88. En primer lugar, y como recurso para eximirme, me sumo a lo que adivino constituyó el ánimo generalizado tras las elecciones, es decir: la sorpresa. Ella, siempre ha sido mala consejera a la hora de querer entender procesos que nunca se han dejado ver del todo. Mas allá de la anécdota, es poco discutible la escasa capacidad de previsión que existió desde todos los frentes para encarar el evento electoral. Así, con la incredulidad a cuestas se asistió a la revelación. Aparecieron instancias para normar lo electoral que para la mayoría de los mortales eran hasta entonces desconocidas. Se evidenció en la nostalgia, las bondades de un entramado electoral impecablemente diseñado para cubrir los mínimos de limpieza que requiere un partido que se creía eternizado por la mayoría. Llegaron las noches largas. Y en el cómo se resolvió la discusión "legalista" se hizo patente lo impúdico y costoso del fraude perpetuado. En los días cercanos al mágico informe presidencial una revista en México encabezaba "tiraron a la presidencia del nicho". Eso sintetiza la abrupta caída no sólo de un estilo o una clase política, sino que, el abandonar el nicho, más allá de la fuerza simbólica que como imagen tiene, abre el abanico de la incertidumbre para explicar los -necesariamente- distintos términos de relación entre la sociedad y el Estado. En ese contexto, la tentación de la intransigencia, de la vuelta a la normalidad por la vía de la adjetivación descalificadora del rival, o simple y llanamente por la senda de la eliminación del adversario, ciertamente han estado presentes, pero eso -como toda salida autoritaria- traicionaría la lógica política de lo deseable. De esta manera, si hubiera que convocar alguna racionalidad, lo haríamos anteponiéndole tres formas: el escepticismo, las promesas y la cautela.

Si concordamos que la intransigencia es como la hija natural de la soberbia, y, en el caso de México, podemos acreditar que la soberbia como forma de ejercer el poder, ha estado últimamente enquistadas en "las alturas", luego entonces, no es difícil

concluir que el riesgo de la salida autoritaria anteriormente aducida está presente. Habría que añadir las novedades. Hoy el sistema político tiene como reto aprender rápidamente y sin crear vacíos, a administrar "perdedores". Se introduce la dinámica de la expulsión, ya no sólo la de la exclusión. Antes se incluía selectivamente, hoy se expulsa necesariamente. Para garantizar gobernabilidad se impone una ágil y descarnada lectura de "poderes" que antes íntima, hoy se ofrecen pública e impudicamente. Para concluir este capítulo de escepticismo podemos convocar la fuerza argumentativa de la costumbre, así, con el fatalismo como asequible aliado, podemos decir -y desgraciadamente sobran evidencias históricas- que México no está "acostumbrado", "educado" para tolerar y ejercer la pluralidad. Inaugurar una sociedad política con fronteras definidas no es algo que se inventa en un día.

Traigamos a cuenta las promesas. Iniciemos con lo ineludible: la actual composición de la cámara de diputados, además de posibilitar un nocturno amasiato entre el emergente "fenómeno Cárdenas" y el renovado pero añejo discurso derechista del PAN, dificulta -sino es que anula- el paso de las reformas constitucionales que con tanto honor ocupaba los anales de la práctica política mexicana. Sumemos. El sobrepoblado calendario electoral -quizás el más prolijo del mundo- anula, en principio, la cotidianidad del fraude y estaría ofreciendo varios termómetros anuales para medirle el pulso político al país. Más. La nueva y plural sensación de "calle" que presumiblemente conmovió a una buena parte de mexicanos, posiblemente genere sedimentos en la "conciencia popular" (cualquier cosa que esto sea) que hagan legítimo albergar alguna esperanza de cambio. Lo lúdico, cuando es genuino, no tarda en exigir continuidad. Si antes no tuvimos ningún empacho para aceptar la aventurosa hipótesis de "anti-democracia estructural" como línea explicativa de las prácticas públicas en México, por un mínimo sentido de justicia, ahora debemos contrapesarla con la idea de

responsabilidad o "compromiso secular con los destinos nacionales". Antes, había una sólo puerta de acceso al ejercicio de este particular sentido de responsabilidad: el PRI. (No es casual la frase aquella de que en México vivir fuera del presupuesto era vivir en el error). Que actualmente existan -potencialmente- más de una puerta -claramente diferenciadas- no supone avalar que sólo la nostalgia es acreedora del monopolio. El PRI dejó de ser la única opción que recoge el pragmatismo.

La cautela. Por medio de esta ecuación de dialéctica barata (escepticismo-promesas-cautela) se quiere quitarle vuelo a cualquier bandera y advertir algunas complejidades. El PRI, o para ponerlo sobre la herida, el antiguo matrimonio entre la sociedad política y el Estado, tiene como reto la redefinición de su particular relación de pareja. Dicho esquema, por cierto, no los compromete sólo a ellos. Como sucede con cualquier divorcio, en este trámite hay muchas miradas inquisidoras ávidas de escándalo. Cautela. Además el PRI -ya divorciado- tiene la difícil tarea de re-inventarse a sí mismo. Maquillarse para constituirse en "oferta" electoral. Y sabemos que la vida de los separados no es fácil. Cautela. Para la oposición (cualquier cosa que esto sea o derive) tampoco es sencillo el camino. Tiene comprometida su vista inquisidora -casi su vida- en la consumación del divorcio, y debe allegarse el ajuar necesario para ser, ahora sí de manera seria, oposición. Además tiene que inventarse articulaciones con la sociedad civil que permitan pensar en la consecución de la tan deseada independencia. Cautela. En una palabra: tanto la olvidada sociedad civil como la recién nacida sociedad política tienen que garantizar la superación del "hijismo" como forma privilegiada de relacionamiento con el Estado. Por último si aquel sentido de responsabilidad antes aludido, si aquella puerta de entrada al mundo de lo real tan fielmente custodiada por la inquebrantable continuidad sexenal tenía como virtud el hacer girar en torno a sí a la enorme mayoría de "mentes pensantes" del país, tenía o

tuvo a la "inteligencia" -con todos sus rostros- al servicio del nunca explicitado y siempre supuesto proyecto nacional, al sugerirse que ahora también ahí haya que "tomar partido", nos conduce de nuevo a la cautela.

Estamos ubicados en un parteaguas, la nueva apuesta de futuro, lo que está en juego es la modernización de la sociedad, si por modernización tenemos la imagen de una sociedad civil fuerte y una sociedad política plural e independiente del Estado. Todo cambia y sin embargo no hay nada ineludible. El acceso a la pluralidad, a su expresión ahora diferenciada institucionalmente contra la inercia de un Estado donde la sociedad política, quizás como en ningún otro lugar, ha sido singularmente despreciada como instancia independiente. Las políticas públicas eran monopolio, actos, expresión de gobierno, y el gobierno era una organización del poder donde la máxima era, como reza aquella vieja frase de la revolución mexicana "...el que se mueve no sale en la foto..". Y más de dos se han movido, o ya hay más de dos fotos. Compartir "lo público" no sólo tiene implicaciones o riesgos de gobernabilidad, sino que también alude por cierto a la implementación de las políticas públicas.

Las nuevas tematizaciones que le impone a la planificación social la transfiguración del orden institucional de la sociedad es precisamente el punto con el que se quiere concluir el presente trabajo. Para ir anunciando. La planificación social en este contexto aparece impugnada en, al menos, tres niveles. Aquel que tiene que ver con el contenido social de la política económica, donde la indolencia del ajuste amenaza con que la planificación social desaparezca como tema por simple inanición; aquel que recogiendo precisamente la escases de recursos se pregunta por la eficiencia operativa de los diversos proyectos sociales. El eficientismo como novedad propia de la austeridad. Y por último aquel que se propone indagar las especificidades de lo social y donde la sospecha es que el gran dador de bienestar se ha mudado

de camiseta y ahora posee un cuerpo que no puede atender con naturalidad las herencias de su pasado benefactor. La no consolidación del "Well-faire State" a la mexicana es el hilo conductor y la pregunta es si es consolidable.

ALGUNAS VENTANAS A "LO POPULAR"

Como para seguir engrosando la "negritud" como tinte analítico, citeamos a algunos invitados más. En reconocimiento y/o distinción a su complejidad o en pleno homenaje a la confusión propia del autor los trataremos por separado y sin que necesariamente tengan continuidad entre sí. El formato propuesto provisionalmente en esta primera versión, tiene que ver con el de un rompecabezas. Así, se numerará a las piezas y se les presentará en forma por demás arbitraria.

1.- Junto con la "crisis" (palabra cada vez mas inexpresiva) llega la sensación de parálisis. Como si se le hubiera cambiado el rostro a la sociedad de manera tan vertiginosa -hay que decir que algo de espectacular tuvieron los últimos 75 años en México- que de pronto, casi trágicamente, se revelara la decrepitud, así, nos encontramos con que ya no nos podemos "urbanizar" más, ya es poco lo que podemos seguir "educándonos", la "ocupación industrial" esta cada vez más lejos de ser la panacea y más cerca de ser un infierno al que hay que agregar el factor tecnología. Asistimos pues al agotamiento de un ciclo extremadamente dinámico que además de grandes expectativas produjo un cambio del perfil estructural de la sociedad. El gran reloj que anunciaba nuestra distancia del progreso está descompuesto, el tiempo se cristalizó y ciertamente el balance social, aún cuando pueda arrojar cifras realmente espectaculares, es algo frustrante. Quedaron muchos fuera. Como si se hubieran averiado los ascensores en un edificio que nunca tuvo escaleras, hoy se tiende más a la reproducción que a la movilidad social. Conservarse en la franja de los "incluidos" tiene ya sabor a gloria, y mientras tanto, la emisión primaria de promesas nadie la ha parado, produciéndose una singular inflación. No es sencillo adecuar a la moneda en curso que sigue apostada en el pasado, en las expectativas de ascensor con la nueva estructura de la oferta.

2.- Con la "crisis" también llegaron las masas. Y su irrupción poco tiene que ver con aquellas imágenes de organizada base social del Estado, hoy como verdaderos enviados de el apocalipsis desatan miedos y le imponen a la sociedad severos exámenes de conciencia. Su presencia en la ciudad no es sólo una imagen gráfica (la organización del espacio urbano, herencia del populismo, permite una cierta co-habitación, una convivencia tolerante) ni es sólo atribuible a los años de crisis, hay acumulación. Lo inquietante ahora es la idea de horfandad, la presumible nula paternidad -moldeabilidad- sobre las hordas. La ficción del estallido. Y no únicamente con criterios numéricos, sino con argumentos cualitativos que aluden más al dramatismo, están ahí como para recordar o hacer expresivamente tangibles las desigualdades sociales. Se estratifica hacia arriba, se acentúan las diferencias; y se segmenta hacia abajo, después de una línea se margina sin más. Antes el carro del progreso les auguraba a todos un lugar en los rieles de la modernidad, hoy la evidencia del agotamiento no sólo dejó fuera de cualquier tierra prometida a una buena parte de mexicanos, sino que día a día expulsa del paraíso a otros, reduciendo así el círculo de los elegidos y produciendo una novedosa migración hacia la miseria. El comportamiento de los expulsados es en el mejor de los mundos una gran interrogante, porque ciertamente la dinámica de alguien que en algún momento creyó merecer un lugar en los mágicos ascensores, necesariamente es muy otra de quien jamás se ha dejado traicionar por esa ilusión. Ahí los sueños sí que llegan a envenenar. Con la sumatoria simple de esos "nuevos pobres" y los "pobres tradicionales", El Control Social, así con mayúsculas, está llamado a ser el centro de lo añorable.

3.- Con la "crisis" también llegaron algunas intuiciones para interpretar las transformaciones, de entre ellas, la siguiente: la concepción del trabajo sufre alteraciones en términos de que ya no se le tiene como el mecanismo -casi prodigioso- de inclusión en lo social; la sociedad deja de funcionar sobre la

dignificación en y por el trabajo y abre la seductora esfera del consumo como la nueva reina de la ordenación social. La antigua sacralización en el trabajo se enfrenta a la cómoda confirmación en el consumo. Pero en todo caso no es el trabajo el único referente de socialización que sufre transformaciones, se propone que la escuela ha dejado de ser la esperanza de cambio, el sinónimo de movilidad, y esta devaluación educativa que objetivamente lanza al mercado del trabajo cualquier cantidad de egresados que son inabsorvibles, tiende a convertir a la educación más en una gran guardería donde de cualquier forma se expresan los conflictos sociales y se diferencian las demandas que en una formadora de recursos humanos. Priva más el criterio de moratoria para el ingreso a la vida activa de los jóvenes que la -de cualquier manera- ambigua pretención "formativa". Donde en todo caso es patente la alteración es en el abandono de la educación de su función de "formadora de ciudadanos", al no poderse hacer cargo de los desequilibrios en los mecanismos de control/formación que la vertiginosa urbanización trajo consigo, se genera una "anomia" donde hay ausencia de lo pasado y el futuro no corre con mejor suerte en cuanto a su normatividad.

4.- Podemos agregar a nuestra revisión de modos tradicionales de socialización a la familia. La desaparición de lo nuclear en aras de un formato de "paraguas" además de ampliar la cobertura en términos numéricos, disuelve la capacidad y calidad de la atención del rol de "cuidadora" y "promotora" de los valores sociales fundamentales. La nueva familia, conlleva una cierta promiscuidad donde el principio de permisividad se auto-impone y casi se puede decir, regula la debacle. No hay un salto cualitativo, hay un tipo de reconstitución espuria. Esto que aún está en el nivel de la sospecha conviene apuntarlo como para no caer en la caritativa tentación de asignarle a la familia un rol preponderante en la reconstrucción de la moral. De cualquier forma, el orden, la prosperidad, el progreso, etc. seguramente forman parte de un listado de imágenes que aunque inexistentes,

intangibles, provocan una especial añoranza. Hay un imaginario melancólico, una nostalgia casi de fábula.

5.- Si tenemos que la relación desde la pobreza con la globalidad social reconoce una vía privilegiada en la senda del consumo, o mejor dicho, la inclusión pasa por la adopción de símbolos, tenemos entonces que aparece una oferta de futuro muy acabada y difundida en esta esfera, que junto con la pronta revelación de su descarnada inatención, es factible que produzca un accionar social que se aproxime más al resentimiento que a la rebelión, una organicidad que esté más cerca de las hordas que de los movimientos. Esto podría explicar en parte la ya clásica distorsión en la asignación de recursos familiares donde no es poco frecuente encontrar que se privilegia la adquisición de bienes modernos tipo televisión antes que un refrigerador, donde se "recorta" antes la canasta alimentaria que las prendas de vestir, etc. Se quiere alertar no sólo sobre las dificultades organizativas desde la pobreza sino sobre el tipo de demandas que el paso por o de la modernidad llegan a generar. 1/

6.- Otros dos universos de reflexión necesarios son: la sugerencia de que las identidades en la pobreza, al no funcionar de manera tradicional los referentes institucionales de socialización, se disuelven y emergen otras nuevas, apostadas en esos nuevos lugares. El ámbito territorial, el sentido de pertenencia delegado en un colectivo ni necesariamente familiar ni proveniente del mundo del trabajo o de la escuela, sino con el común denominador de la exclusión, es quizás una clave.

El otro punto es que en ese contexto, la ciudadanía es una categoría con traje de lujo. Cotidianamente es puesta en duda, proponiendo la existencia de una "pobreza política" como núcleo de reflexión que necesariamente revise las viejas ideas de la participación.

1/Como complemento a este punto, se anexa un documento-carta.

7.- Por si hacia falta decirlo, hay una enorme dificultad para constituir actores desde la pobreza, para generar desde ahí formas continuadas de representación. La pregunta es cómo generar escenarios de concertación sin que las demandas de uno de los actores (en este caso "los pobres") sean imputadas desde el arbitraje del Estado. Cómo superar en ese esquema el paternalismo, y, para terminar de cerrar el círculo vicioso, cómo acceder a ser sujetos concertables sin formas continuadas de organización.

Así lo que se propone como interrogante final o gran sospecha es que en México estamos asistiendo a una emergencia de lo popular que prescinde de sujeto. Huelga decir que todos estos puntos que ahora se presentan telegráficamente, esperan conocer algún desarrollo posterior en un lapso de tiempo razonable.

ELEMENTOS DE UNA TURBIA RELACION

Hasta aquí hemos contado dos historias aparentemente inconexas, en este punto debiéramos ocuparnos de tratar de amarrarlas. Para iniciar el epopéyico intento quizás convenga hacer algunas acotaciones.

En los últimos años hemos asistido a un resurgimiento del tema de la pobreza, las discusiones de cómo medirla han ocupado la palestra en más de una reunión - ya sea de académicos o de los "decididores" de políticas públicas.- Lo que ha sido preferente sin lugar a dudas es ubicar la discusión en la franja de lo cuantitativo. En términos generales el tipo de "soluciones" o propuestas emanadas de esa perspectiva, además de contar con una potente y cada vez más sofisticada explicación modelística, suponen intacta la institucionalidad que le puede dar cuerpo a sus ideas; al menos creen que el Estado es portador o depositario del sentido común que ellos habitan. A la hora de su implementabilidad generalmente se refugian en un impecable listado de buenas intenciones. (Quedaría pendiente saber los grados de ingenuidad comprometida en la idea de que el sentido común es algo inamovible). Bastaría reconocer lo -cada día mas- poco conmovedoras que resultan las catastróficas advertencias cuantitativas.

Si esto efectivamente es así, algo que ha estado un tanto oculto es el tema de la "cualidad" de la pobreza; más allá de saber la distancia con respecto a unos estándares universalizados del deber-ser nutricional, de vivienda, salud, educación etc. más allá de medir o inferir a partir del ingreso estas u otras brechas, lo que se quisiera destacar es que el tema de la "calidad" de la pobreza tiene que ver con el grado de exclusión social. Y esto sugeriría o aquí el supuesto principal es que ni el Estado está intacto ni la sociedad funciona de la manera que le conocíamos, también supone que el mundo de la pobreza -si atendemos lo cuantitativo,- o el mundo de lo popular -como

propuesta para bautizar lo cualitativo- está poblado de "anomias". Así, el que-hacer de la planificación social debe superar las buenas intenciones y considerar tales cambios para hacer medianamente viables sus propuestas. Tan espinosa idea merece explicación, lo intentaremos, y a partir de ahí quisieramos entretejer las dos historias.

México, tras la reciente contienda electoral, sospechamos que será especialmente sensible a incorporar el tema de transfiguración de lo social. De haber sido la política un juego tradicionalmente en dos bandas, o donde uno de los extremos se explicaba por la perversa fusión entre Estado y Sociedad Política, ahora el tablero se ha complicado con la separación de tan pernicioso matrimonio. Ahora tenemos un triángulo. Así la mirada escojida no parte tanto de un desprecio olímpico o un miedo secular a lo cuantitativo, sino que se origina en la idea de que cualquier "solución" a la pobreza tiene que reconocer los cambios ocurridos en esa gran triangulación.

Uno de los temas que necesariamente vamos a ver en la discusión mexicana es el problema de la concertación. La buena fe que esta propuesta para normar las relaciones de poder tiene, está fuera de toda duda, sin embargo, en México habría que ver qué evidencia además de buenas intenciones. La sospecha es que puede ser el apelativo de la crisis política. Un argumento en la nostalgia nos evocaría las múltiples imágenes del Estado organizando, regulando, arbitrando etc. y se lamentaría del presente arguyendo las bondades de los tiempos pasados. Sin coincidir plenamente, en verdad que se antojan difíciles de imaginar los escenarios donde tendrá lugar la nueva concertación.

Repasemos lapidariamente. El Estado se tiene que re-legitimar, la sociedad política se tiene que inventar, y la sociedad civil tendrá que adaptarse al nuevo esquema. Las formas de participación tienen que superar la inercia del paternalismo-

hijismo en un escenario de transformaciones. La concertación exige grados de organización y capacidad de asumir compromisos claros y el contexto es la "crisis". Y en medio, la planificación, debe justificar la razón de su existencia. Sigamos. La sociedad se cristaliza -al menos llegan a su fin las transformaciones espectaculares-, la antaño estable arena política se torna movедiza, la ilusión de cambio mueve el piso, y en medio, las cifras sugieren un futuro negro, al menos dan cuenta de la escasa disponibilidad de recursos para aliviar en el corto plazo lo que, ya desde hace mucho tiempo, aparece como urgente.

Los perfiles distintos que se le adivinan a la realidad apuran a la planificación a tematizar de otro modo. En México, tradicionalmente, las diversas discusiones sobre la planificación se daban al interior del Estado, o, para ganar en precisión, en los órganos de gobierno, y era fácil y frecuente tornar en "públicos" los actos estrictamente de gestión. Ahora, además de que la administración de la crisis es una ingrata tarea, hay que agregar no sólo los riesgos, sino que hay que compartir o hacer válidos los grandes principios: "participación", "descentralización", "concertación" etc. y lo que se quiere advertir es que en ningún caso es sencillo.

Como decíamos antes, en el mar revuelto de la recomposición del poder, la concertación bien puede aparecer como sinónimo de debilidad o crisis política. El hecho que se insinúa es que los diversos actores sociales emplacen su organización fuera de la órbita del Estado, e inauguren un espacio poco conocido en México haciendo patente así que la distinción conceptual entre sociedad política- sociedad civil-Estado, no es producto de la invención afiebrada de los cientistas sociales, sino que algún dejo de realidad tiene. Pero el otro gran problema que tiene la concertación, si situamos la discusión en las políticas sociales es la inorganicidad de la pobreza; la planificación en general

presupone un marco regulable, organizado, donde las legitimidades estén fuera de toda duda, si creemos que una de las cuestiones que afectan más sensiblemente a la pobreza son precisamente los grados de desorganización, de exclusión, léase: lo irregulable, la ilegalidad etc., si creemos que hay un principio de flexibilización o informalización que atravieza el mundo de lo popular, ciertamente, la planificación debería reconocer ahí un serio reto de adecuación. Porque ¿Cómo incorporar la ilegalidad a una matriz cognocitiva que privilegia y practica lo regulable? ¿Cómo adecuarse a la informalidad toda vez que la pretensión de "formalizar lo informal" peca de ingenuidad al no recoger los cambios ocurridos en comportamientos culturales básicos? ¿Cómo situar la concertación o la repartición es un escenario de restricción extrema? Si la única redistribución posible se da en el terreno de lo simbólico, permítaseme la burla: ¿Cómo redistribuir status en una sociedad altamente concentradora del prestigio?

El tema de la participación es también una gran interrogante y por el lado de lo político sin duda representa una gran ironía: justo cuando se declara o se sospecha vivir en la era del "fin de las ideologías" se da la génesis de los partidos políticos. Si esto es así, de alguna manera es inevitable que el tema de la pobreza se trastoque en una cuestión política que destaque el componente numérico y privilegie la mirada de población electoralmente cautiva o cautivable. Y esto puede distorsionar la discusión que ve en la participación un aporte decisivo para la operatoria a los proyectos sociales. Así la cuestión central de una participación genuina es cómo se reconstruyen identidades o cómo se recupera un sentido de pertenencia que además de credibilidad sea funcional a una óptica de transformación social que pueda ser impulsada desde el Estado, en el fondo: cómo se re-inventa el tema de lo nacional.

La descentralización encara el reto de imponer su seducción cuando lo que aparece con más urgencia es una recomposición del poder, y aquí habría varias maneras de entender la reestructuración; para no hablar de tendencias, ni calificar políticamente las alternativas, hay al menos inercias distintas que teniendo la inestabilidad como acompañante ciertamente pueden oponer una "legítima" resistencia, o al menos ser reticentes con la idea de descentralizar. Lo que está en duda es cómo se va entender el Estado a sí mismo, y si esa imagen tendrá alguna acogida en la sociedad.

En todo caso si hay algo que parece cierto es el agotamiento del modelo anterior y lo que aún no aparece son los perfiles de lo nuevo, el hacia dónde. Si definiríamos mínimamente el well-faire State a la mexicana como un modelo que durante algún tiempo y con cierta estabilidad y credibilidad garantizó el crecimiento económico junto con el ensanchamiento de los derechos ciudadanos y el ejercicio cotidiano de unos particularísimos derechos políticos, lo que es cada vez más evidente son las enormes dificultades que tiene el modelo para garantizar la simultaneidad de sus objetivos. Ya no es fácil conjugar el crecimiento económico con la ampliación de lo social, al menos si el crecimiento sigue operando sobre las mismas bases. Ahora es evidente la exclusión. Pero además la operatoria o la gobernabilidad del modelo también esta siendo impugnada, haciendo de los derechos políticos una demanda plural. La planificación social sin duda que fue una aliada invaluable para la construcción de ese Estado benefactor, pero -y dicho con el más amplio y sano ánimo de provocar- su papel no es tan claro a la hora de la re-construcción.

Así, para que la "deuda social" no engrose las filas de lo declarativo, los planificadores sociales tienen que comprometer su generosa imaginación en la ardua re-invencción de la justicia a contracorriente de las evidencias.

4

1